

# SEMBLANZAS Y SEMBLANTES DE BRISA DEL CANTÁBRICO



## **PABLO HERRANZ PÉREZ (Zaragoza).**

Nací en los años cincuenta, siendo el quinto de los varones y el último de los hermanos que cerraba una familia numerosa, en Molina de Aragón, uno de los pueblos más fríos de la Península según los informativos de TV. No es un nombre engañoso, pues aunque pertenece a Guadalajara siempre estuvo ligado a Aragón. A veces, las cosas de la geografía no casan paralelas a las de la historia.

A los once años, como muchos otros niños de familias numerosas de aquella época, me internaron en los Escolapios de Zaragoza donde me formaron e inculcaron el amor a la profesión que sería clave en mi vida. Con ellos pasé diez maravillosos años, en distintos centros, recorriendo diversas regiones, para acabar en Salamanca. Cursé magisterio en Logroño y tras la mili, en Cataluña inicié mi experiencia laboral. Primero en un centro de Educación Especial como cuidador y, posteriormente, mi primera experiencia docente en una academia. Al poco tiempo, mi vida docente continúa en un centro concertado de una barriada de Zaragoza coincidiendo con la época del desarrollismo. Pocos años después, el dueño debe abandonar la empresa y creamos una cooperativa con los trabajadores que se atrevieron a emprender una

aventura empresarial y, en dicha cooperativa, he trabajado desde los años ochenta hasta la jubilación.

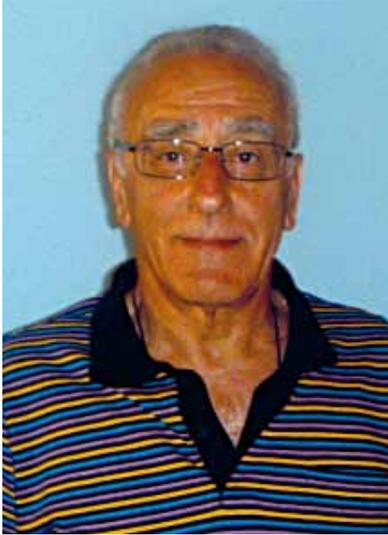
Nuestra ilusión pudo con dificultades y con terribles sucesos históricos, como el atentado a la casa cuartel, vivencias que convertimos en estímulo, y que yo llevo en la repleta mochila de mi intensa vida. Nadie nos preparó para ser cooperativistas; lo tuvimos que ir aprendiendo poco a poco. La cultura de la cooperación o colaborativa, como se dice ahora, es muy enriquecedora para quienes la practican, pero necesita predisposición y formación, y no todas las personas sirven o están dispuestos a asumirla.

El cooperativismo ha ido paralelo a la docencia durante casi toda mi vida profesional. En Aragón, el movimiento cooperativista agrario ha sido muy fuerte desde tiempos de la República, pero en educación el movimiento cooperativo casi no existía y, de hecho, aún hoy, hay muy pocas cooperativas de enseñanza. Buscamos y encontramos apoyo en otras cooperativas a través de UECOE (Unión de Cooperativas de Enseñanza). Y fue, precisamente allí, donde conocí a Aurelio que me comentó e informó de la iniciativa de "Brisa del Cantábrico". Me sonaba el eco de Trabensol, que los medios publicitaban con informes atractivos, pero sin profundizar. También conocía a José Miguel miembro de una cooperativa de enseñanza de Torrelavega y, qué casualidad, concejal de Meruelo.

Ahora, padre de dos hijos adultos y recién jubilado, deseo seguir siendo activo, útil y creativo.

Conforme iba conociendo el desarrollo de esta cooperativa y a las personas que la promocionaban (Nemesio, Aurelio, Carmen ...) me iba entusiasmando más y más. Me lancé al vacío y viajé a Cantabria para conocer San Miguel de Meruelo sobre el terreno.

Y... me encontré un prado sembrado de ilusiones, trabajo concienzudo, esfuerzo compartido, proyectos apasionantes, personas emprendedoras y pertinaces. Sentí como si me estuvieran esperando para empujar y ayudar a su progreso y, luego, para disfrutar activamente con todos "los briseros".



### **JOSEPH FERNANDO HUEBER (Alicante).**

Me encuentro mirando al norte; a mi derecha, Alemania y la Selva Negra, donde se desatan las tormentas de verano; a mi izquierda, la cadena montañosa de los Vosgos y, en medio, la gran llanura alsaciana salpicada de bellos pueblos. Estrasburgo es su capital. Se cultiva, sobre todo, maíz forrajero, espárragos y viñedos. El río Rin, que nace en los Alpes suizos, pasa a 1 km de mi pueblo, Blodelsheim. Allí, el primero de junio de 1950 nací; el tercero de cinco hijos.

Nuestros padres fueron exigentes con nosotros. Mi padre se levantaba muy temprano para ir a trabajar a la mina. Durante la segunda guerra mundial, los alemanes le forzaron a luchar contra los rusos que lo deportaron a Tambow (Siberia). Gracias a su juventud y a su gran resistencia física pudo soportar toda aquella barbarie. También a mi madre (aún no estaban casados) y a otras jóvenes del pueblo las deportaron a Alemania para trabajar en las fábricas o en casas particulares. A mis padres no les gustaba hablar de esto.

Mi infancia transcurrió como la de la mayoría de los niños. Recuerdo, que en los largos días de invierno y con no pocas nevadas, mi padre colocaba cajitas de comida para los pájaros, mientras, nosotros mirábamos a través de los cristales. Iba contento a la escuela; me gustaba jugar al balón y hacíamos competiciones con los niños de otros pueblos. Los domingos nos juntábamos las familias e íbamos a comer al campo con tíos y primos. En la época de la cosecha, recogíamos frambuesas y mirtilos (arándanos). Leer y pescar en el Rin eran mis aficiones.

El tiempo fue pasando y cursé mis estudios de Fabricación mecánica en el instituto de Mulhouse, ciudad mayor que Blodelsheim y, posteriormente, conseguí la especialidad de Tubero-soldador industrial. En aquellos años había trabajo donde elegir y, dado que Blodelsheim es fronterizo, unas veces trabajaba en Alemania, otras en Suiza o en Holanda. Y, durante ocho meses, trabajé también en El Cairo.

Por supuesto, no me libré del año del servicio militar, pero saqué tiempo para ir a Inglaterra a aprender inglés durante unos meses. Como me faltaba saber español, dejé el trabajo y me matriculé en la Academia Vox de Madrid. La lengua no me resultaba difícil, pero quería aprender rápido para poder comunicarme. Conocí a Espe. Yo, con mi chapurreo en español, y ella, con el suyo de francés, el progreso iba llegando y también la amistad. Con el tiempo nos casamos. Al principio vivimos en Madrid, y, después, en Alicante. Los meses calurosos, y sobre todo después de jubilarnos, en el pequeño pueblo de Espe, Polvorosa (Palencia) donde me encuentro a mis anchas con mis chapuzas. Las idas y venidas no fueron pocas, así que me jubilé unos años antes del tiempo reglamentario. Si antes iba con frecuencia a visitar a la familia y a los amigos, actualmente paso más tiempo y, así puedo enseñar a mi mujer mi región y mis orígenes. Pero la felicidad no es completa porque mi diabetes me complica un poco la vida.

Ahora, y cuando ya casi no sé a qué país pertenezco, viene a mi retina y a mi memoria, una vez más, mi infancia. Y rememoro las imágenes de aquellos enormes buques cargueros que hacían su recorrido por el Gran Canal de Alsacia. Pasaban muy cerca del pueblo y se escuchaba su lento navegar en las tardes-noches de verano. \_ ¿A dónde irán? Y ¡tan grandes...!, me preguntaba. La percepción de las cosas evoluciona con la edad; son bien distintas en la niñez, en la juventud y en la edad madura, pero la realidad es la misma.

Al enterarnos del proyecto "Brisas", como aquellos buques, nos embarcamos con la certeza y seguridad de llegar a buen puerto.



### **ESPERANZA PASTOR TEJEDOR (Alicante).**

Diciembre, ¡uf!, ¡qué frío!. En ese mes y en un pueblo de Castilla-León, Polvorosa de Valdavia, aparecí un 18 de diciembre. Unos días más tarde y me hubiese llamado Natividad. Decidieron ponerme Esperanza como rezaba el calendario. No sé lo que pasará en otras familias, pero en la mía, yo, la pequeña, me sentí y me siento agraciada, y... hasta mimada por mis tres hermanos mayores; bueno ..., alguna regañina también me caía. Mi padre era labrador y cartero al tiempo; ambos, padre y madre trabajaban duro para que sus hijos tuviesen lo necesario. Mi infancia fue feliz; niños y niñas jugábamos por todo el pueblo al escondite... Los domingos nos reuníamos en pandillas y pasábamos la tarde merendando y buscando cangrejos en el río. ¡El mes de mayo era formidable! Después de comer, íbamos a la iglesia a rezar el rosario; las niñas vestidas de blanco, ofrecíamos flores y decíamos versos a la Virgen. Mi verso preferido era:

¡Ay! ¡Qué ojitos que tiene mi Virgen!

¡Ay! ¡Qué ojitos! ¡Qué que lindos que son!

En tierra española, ojitos más bellos,  
¿alguno los vio?

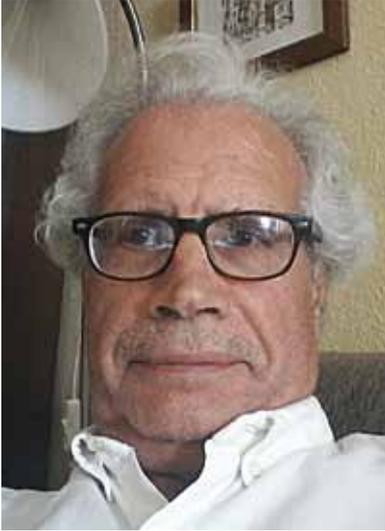
Doña Secundina, mi primera maestra, era mayor, pero muy buena. Recuerdo que antes de entrar a clase, para no manchar la escuela, nos colocábamos en fila y apoyados en la pared, nos limpiábamos la suela de las zapatillas; todo esto se terminó cuando ingresé interna en un colegio de monjas de Madrid, de donde no guardo buenos recuerdos. Estudiaba lo suficiente para volver a casa de vacaciones libre de exámenes en septiembre.

Especial mención tengo que hacer a mis mejores años, pasados en París y, no por aquello de "españolas en París", sino porque fue allí donde aprendí a tomar mis propias decisiones, aunque en honor a la verdad, debo decir que tuve a mi hermano como cicerone. Fueron aquellos años en los que los españoles estábamos un poco dormidos por la situación política en la que se encontraba el país. Trabajé como au-pair (cuidadora niños), en una familia encantadora y, al mismo tiempo, estudiaba francés en la Alianza Francesa y en la Sorbona.

¡Los años 70 ...! El movimiento hippie. Y, para los españoles, la lucha por la democracia. Conocí a algunas familias españolas de aquellas que años ha habían cruzado la frontera con la maleta de cartón. Asistí a los mítines de Carrillo y de la Pasionaria; a los conciertos de "la canción protesta" de Paco Ibáñez, y un largo etcétera de actividades que, finalmente, me devolvieron a mis raíces. Poco antes del año 75 ya trabajaba en el laboratorio de Microbiología del Hospital " Ramón y Cajal" de Madrid. Durante esta época conocí a Fernand (quien sería mi marido) que había venido para aprender Español (o quizá a encontrar una españolita). Sea como fuere, me vino bien para practicar y no olvidar el francés. Unas cortas vacaciones, entre campos de naranjos y su aroma, me impulsaron a solicitar traslado a Villajoyosa (Alicante) donde de nuevo me esperaba el laboratorio, un bonito e interesante trabajo, al principio manual y en la actualidad mecanizado. En el año 2009 me jubilé, feliz porque tuve la sensación de haber cumplido con mi deber.

Brisa del Cantábrico, ¿cómo surgió? ¡Fue el destino! Siempre se lo digo a mi marido. Estando en los baños termales conocimos a una pareja (Manolo y Lidia), hoy buenos amigos, que nos hablaron de la Cooperativa. Recuerdo que Lidia me dijo: "Desde que nos hemos apuntado, se me ha quitado un peso de encima. Además, confío plenamente en el proyecto: son buena gente". Más tarde, en uno de nuestros viajes a Cantabria (tenemos familia en Ajo) y con el gusanillo dentro, visitamos Meruelo y nos dirigimos a un señor para pedir alguna información. Casualmente, "el tal señor" era Fredi, miembro de la Cooperativa.

Y todo queda dicho: el destino caprichoso nos seguirá marcando el camino.



## **Un proyecto, largamente soñado, hecho realidad**

**JOSÉ LUIS ATIENZA MERINO (Tenerife).**

Dentro de unos días, el 18 del presente mes de junio, cumpliré –de hecho los habré alcanzado, amigo lector, cuando leas estas escuetas letras, si la parca no me zancadillea antes- setenta y tres años. Eso me convierte, según creo, en uno de los miembros de más edad de nuestra cooperativa. Imagino que, por ello, debo de ser también uno de los que con más ansia espera la realización de nuestro ilusionante proyecto. No quisiera irme al otro barrio sin ver terminada la primera fase del mismo y, en consecuencia, sin haber disfrutado por un tiempo de lo que, estoy seguro, habrá de convertirse, con la colaboración entusiasta de todos, en un hogar colectivo, acogedor y lleno de vida.

Mi encuentro con Brisas del Cantábrico Ciudad Residencial, fue, como muchas de las cosas que me han sucedido en la vida, fruto del azar. Llevaba muchos años soñando con un proyecto semejante a éste, antes incluso de cumplir los sesenta años. Recuerdo que durante una comida a la que invité a mi mesa a un nutrido grupo de amigos y amigas asturianos, para celebrar mis seis décadas de vida, expuse

lo que, al respecto, me rondaba por la cabeza desde tiempo atrás, animando a mis comensales a aportar ideas y a sumarse a la aventura cuyo camino de salida les proponía. Mis fogosas palabras fueron recibidas con la más fría de las indiferencias. Ya lo habían sido antes, en las numerosas ocasiones en las que había comentado la idea en grupos más pequeños, con los amigos más íntimos. No es que se riesen de la propuesta, no: simplemente miraban para otro lado. Como si la hora de jubilarse y el momento subsiguiente –siempre cercano, por más lejano que pueda llegar a presentarse en algunos casos- de necesitar cuidados ajenos para continuar viviendo con la máxima dignidad y autonomía posibles no fuesen a llegar nunca para ellos. O como si aceptasen como inevitable que su destino, cuando les llegase la decadencia incapacitante, no podría ser otro que pasar los últimos años de sus vidas en las lúgubres –incluso en el caso de las mejores- Residencias de la Tercera Edad que pueblan el territorio nacional. O como si no quisiesen renunciar a la secreta –pero quizás inconfesable, o al menos inconfesada- esperanza de que alguno de sus hijos les acogiese en sus hogares llegados esos temibles momentos. Sea como fuere, yo predicaba en el desierto.

Predicaba sí: porque les decía, en un tono exaltado –y quizá incluso un tanto curil, restos difícilmente borrables de los once largos años, entre los 12 y los 23, de formación que pasé en una congregación religiosa- que el momento de entrada en una institución de cuidados había que prepararlo con mucho adelanto; que era posible organizarnos para poner en pie por nuestra cuenta un espacio para esas finalidades, con las características físicas que entre todos conviniésemos, con el tipo de organización que nos pareciese más apropiada, con el personal a nuestro servicio que nosotros mismos decidiésemos y contratásemos, etc.; que un lugar así no debía de ser un refugio final, una suerte de morgue anticipada, una lancinante y oprobiosa espera de lo inevitable, sino un lugar lleno de vida, un ámbito donde cada cual pudiese seguir desarrollando sus ocupaciones o aficiones preferidas, donde continuar alimentando la curiosidad, donde incluso tener la oportunidad, para quien lo desease, de acceder a nuevos aprendizajes traídos desde fuera por personas ajenas a la institución o por los compañeros de viaje de esa aventura común, los cuales seguramente podrían aportar un mundo de posibilidades, pues éste sabría de fotografía, ése de música, aquél otro de agricultura, un cuarto de pintura, otro aún de informática, o de medicina, o de costura y tejido, o de carpintería, o de astronomía u otra ciencia cualquiera, etc., saberes y capacidades cuya influencia no tendrían por qué quedar encerrados en esa ciudad residencial ideal, sino que podrían irradiar hacia fuera, haciendo de nuestra viva institución un espacio abierto, un fermento vital para la zona geográfica en la que decidiésemos instalarla...; que ese mundo colectivamente creado podría ser gestionado también conjuntamente, y solidariamente, donde, aquellos que quisiesen pudiesen servir de apoyo y ayuda a los otros, en el momento en que lo precisasen, un mundo en el que la célebre máxima “cada uno según sus posibilidades y a cada uno según sus necesidades” pudiese pasar de la utopía a la realidad. Sí pero...nadie respondió nunca a mi militancia entusiasta por una causa que llegó a parecerme perdida. Hasta que, como escribí arriba, el azar –el cual, más a menudo de lo que muchos están dispuestos a reconocer,

hace bien las cosas- vino a visitarme... Para ello fue necesario que uno de mis dos hijos, mi hija, viniese hace años a trabajar a Cantabria y se instalase en Gama, que se acostumbrase a leer la prensa y escuchar las emisoras de la región, que un día leyese en un periódico –u oyese en la radio- la noticia de que un pequeño grupo de personas estaba iniciando algo así como un proyecto de cooperativa de residencia de la tercera edad, y que no pasase por alto lo leído u oído sino que, conocedora de mi casi derrotado sueño, me llamase por teléfono, me transmitiese la información y me indicase el número de móvil con el que podría tomar contacto para obtener mayor conocimiento del proyecto. La conversación que, al poco, mantuve con el entusiasta y fiable Nemesio Rasillo, me convenció de que el proyecto que yo rumiaba desde hacía tanto tiempo encajaba en todo con lo que el equipo que él encabezaba estaba diseñando. A partir de ahí, mi recorrido es sin duda similar al de la mayoría de los cooperativistas con los que ahora comparto esta aventura, por lo que ahorro describirlo.

Así que, si el destino me concede algunos años más de vida, lo más probable es que los termine en la Ciudad Residencial Brisa del Cantábrico que pronto empezará a levantarse en Meruelo. Lejos, pues, de la Asturias en la que he pasado prácticamente los treinta y seis años de mi vida profesional, salvo los dos que viví ampliando mi formación en Francia. Más lejos aún de Tenerife, donde, ya jubilado, me he establecido desde hace una década, al lado de mi compañera, aún activa. No temo sentirme desarraigado instalándome en la bella Cantabria. Entre otras cosas porque en ningún momento de mi vida me he sentido especialmente arraigado: no he tenido oportunidad para ello. Hijo de guardia civil, a los once años -edad en la que inicié la citada formación clerical en un convento navarro- ya había vivido en tres localidades castellanas y otras tres asturianas, experiencias vitales tan fugaces que no daban tiempo para establecer vínculos; con los “curas” -como se decía entonces, fuesen de obediencia regular o secular- también me desplazé por la geografía española: norte navarro, costa catalana, campiña gallega, llanuras castellanas... Y luego están esos dos años parisinos, y uno más anteriormente, en el centro de Francia, justo después de acabar mis estudios. Estos, de Filología Románica-Sección Francés, los realicé en la Universidad de Oviedo, entre 1965 y 1970. Dos años después comencé a enseñar en esa misma institución. Los que tengan memoria de la España de entonces, recordarán que era aquella una época de luchas y combates por la recuperación de las libertades democráticas. Como tantos otros, participé en ellas de diversas maneras, que no es el caso de detallar aquí. Lo que no me impidió trabajar profesionalmente mucho, enseñando, leyendo, investigando, escribiendo, participando en y fundando colectivos de diverso orden: sindicatos, asociaciones, grupos de trabajo... Creo haber tenido una vida plena, que he de agradecer a mi familia, a mis amigos, a mis alumnos –no decepcionarles, me espoleó siempre para mantenerme siempre alerta, al tanto de la evolución de los conocimientos en las varias disciplinas de las que me hice cargo a lo largo del tiempo-, a la institución que me acogió durante tantos años....

Abandoné todo ello sin nostalgia, pero permanezco tan activo como siempre, y como siempre el tiempo me falta: para leer, para escribir –sobre temas menos sesudos que los que ocuparon mis días en el pasado, claro-, para dar largos paseos diarios, para escuchar música, para dibujar –con voluntariosa torpeza-, para cultivar un huerto, para colaborar con ONG...

Cada cierto tiempo, vuelo a la Península para ver a mis hijos y nietos -hasta hace unos meses también para ocuparme periódicamente de mi madre, muerta a los 99-, a mis amigos, para pasar un tiempo en mi piso ovetense, rodeado de los muchos libros –unos cuatro mil- que he ido acumulando con los años, y que irán a parar –si los cooperativistas de Brisa del Cantábrico lo aceptan- a la biblioteca que creemos en nuestra institución, una biblioteca que seguro se nutrirá de otras donaciones y que, como el propio establecimiento, imagino abierta no sólo a los cooperativistas sino también al conjunto de la sociedad.

Activo, sí. ¿Pero por cuánto tiempo aún? Sé muy bien, que, si mi vida se prolonga, iré perdiendo facultades -¿les hago la lista de las que ya comienzan a debilitarse?- y precisaré de un entorno que, primero, me ayude a prolongar mi autonomía durante el mayor tiempo posible, y más tarde, me acompañe piadosamente en la inevitable degeneración y en la aceptación digna de la misma. Un entorno confortable, amable, armonioso, solidario, afectuoso, tal como el que entre todos estamos construyendo.

Entre todos, en efecto, pero con el liderazgo de Nemesio y el resto del equipo gestor, cuya dedicación a la causa común nunca sabré agradecer bastante.